

## **Entre razón y emoción: hacia un modelo integrativo del juicio y la evaluación morales**

### **Between Reason and Emotion: towards an integrative model of moral judgement and evaluation**

**Por:** Maria Camila Tamayo Arias  
Instituto de Filosofía  
Universidad de Antioquia  
*camila.tamayo@udea.edu.co*  
Recepción: 26.02.2021  
Aprobación: 24.04.2021

**Resumen:** El objetivo de este trabajo consiste en brindar una visión integrativa del juicio y la evaluación morales, la cual se caracteriza por implicar una interacción constante entre nuestra dimensión racional y nuestra faceta emocional. Para ello, se reconstruirá, en un primer lugar, la posición sentimentalista de la moralidad desde la perspectiva del autor Jesse Prinz. Luego, se introducirá una crítica a dicho modelo sentimentalista, estableciendo que no es posible tener una comprensión adecuada del fenómeno del juicio moral si se deja de lado la influencia de la racionalidad; tal facultad tiene un papel más que instrumental. A continuación, se presentará la perspectiva teórica del filósofo Joshua May, la cual se ajusta al modelo integrativo que aquí se defiende. Por último, se expondrán algunas ideas relativas a la importancia de los estudios descriptivos para la construcción de una ética normativa concreta.

**Palabras clave:** *Sentimentalismo, racionalidad, moralidad, descripción, prescripción.*

**Abstract:** The objective of this work is to provide an integrative view of moral judgment and evaluation, in which rationality and emotional disposition define our moral response thanks to their constant interaction. To do this, in the first place, the sentimental position of morality will be reconstructed from the perspective of the author Jesse Prinz. Then, a critique of this sentimental model will be introduced, stating that it is not possible to have an adequate understanding of the phenomenon of moral judgment if the influence of rationality is left aside; such a faculty has more than an instrumental role. Next, the theoretical perspective of the philosopher Joshua May will be presented, which conforms to the integrative model that is defended here. Finally, some ideas regarding the importance of descriptive studies for the construction of normative ethics will be presented.

**Key words:** *Sentimentalism, rationality, morality, description, prescription.*

## **Introducción**

Diversos debates contemporáneos en torno al juicio y la formación moral se han dirigido a dar cuenta de un conjunto de situaciones experimentales en las que aquello que se concibe como el plano ordinario de la evaluación moral entra en juego. Desde esta aproximación, preguntas por la normatividad y carácter de obligatoriedad de los principios y pautas que rigen nuestro comportamiento en este ámbito han pasado a ocupar un rol secundario; la descripción precisa en términos empírico – científicos, desde disciplinas como la neurociencia y la psicología, representa la perspectiva de análisis que viene a asumir el protagonismo predominante. De este modo, aquel enfoque que en otros tiempos pretendía llevar a cabo una fundamentación fuerte de un cuerpo de principios y guías evaluativas para la moralidad parece haberse abandonado (Greene, 2014). Ante este panorama, cabe preguntarse si la aparente renuncia a la fundamentación de esta dimensión humana, y la caída en un modelo descriptivo que evita entrar en conflicto con un plano correctivo -normativo no implican, de alguna manera, una toma de posición prescriptiva por aquello que suele considerarse tan ordinario y carente de autoridad como las consideraciones morales comunes que despliegan los individuos.

Jesse Prinz es el autor que representa el punto de partida de la idea que busca proponerse en este trabajo. Prinz (2014) es un sentimentalista del juicio y la evaluación moral; su concepción en torno a la faceta ética del ser humano se resume en la determinación exclusiva de las emociones para que de hecho podamos afirmar que estamos emitiendo un juicio de naturaleza moral. Prinz (2014) afirma que su propuesta se circunscribe al ámbito descriptivo, es decir, a la elaboración de un relato que pretende ser fiel a lo que podemos observar en los juicios morales comunes. Pese a esto, es posible problematizar que aquello que nuestro autor manifiesta sea efectivamente el objetivo central que se propone. Éste afirma limitarse a una tarea descriptiva, dejando en manos de quienes se ocupan de la normatividad el trabajo de averiguar cómo podemos transformar nuestra respuesta moral y cuáles deberían ser las reglas éticas que orienten nuestro juicio y nuestro comportamiento. Sin embargo, su descripción tiene claras pretensiones de universalización, pues si las emociones son lo que determina de modo necesario y suficiente nuestra respuesta moral, tal como él sostiene (Prinz, 2014), se vuelve imposible desarrollar desde el plano prescriptivo un modelo del juicio moral que no tenga a su base la influencia concluyente de nuestra emotividad. De acuerdo con esto, Prinz no solo está llevando a cabo una caracterización descriptiva; su modelo teórico se erige

como aquel que ha de fundamentar el deber ser normativo. Si las emociones son aquellas que dan lugar a nuestras actitudes morales de un modo universal, no es posible prescribir un conjunto de principios éticos que carezcan de una naturaleza exclusivamente emotiva que coincida con aquello a lo que nuestra estructura biológica humana nos condiciona.

La propuesta de Prinz se vincula con la pregunta inicial que ha sido planteada; parece ser que la supuesta renuncia a la fundamentación de una perspectiva ética que guíe la conducta no es más que la asunción normativa de mecanismos biológicos y psicológicos que presumiblemente nos condicionan de un modo universal en virtud de nuestra humanidad. Siguiendo con esta idea y las implicaciones que de allí se derivan, este trabajo busca constituir una crítica a la aproximación teórica de Prinz, para ofrecer un modelo de la evaluación moral alternativo que describa con mayor precisión la evidencia empírica disponible y sirva como un fundamento adecuado para la construcción de un sistema normativo. El objetivo es mostrar que con base en la evidencia empírica no es justificable asumir la idea defendida por este tipo de sentimentalismo; la racionalidad, como aquella facultad humana que nos permite deliberar y poner en marcha un ejercicio de corte reflexivo y cognitivo es una capacidad que también entra en juego a la hora de emitir juicios y evaluaciones morales. En este sentido, se busca defender un modelo integrativo de la evaluación moral, en el cual, tanto la emotividad como la racionalidad tengan cabida y se hallen situadas en un escenario de influencia mutua y constante ante circunstancias que apelan a nuestras actitudes éticas. Para desarrollar estas ideas, se hará en un comienzo una reconstrucción de la aproximación de Prinz, para luego pasar a describir la perspectiva del filósofo Joshua May. Este último se encarga de brindar una comprensión del problema que coincide con el modelo integrativo que aquí se defiende, al rescatar el rol de la racionalidad usualmente suprimido desde las consideraciones sentimentalistas. Una vez se haya establecido el contraste entre ambas visiones se pasará a dar cuenta de cómo los estudios descriptivos enfocados en los patrones psicológicos y neurológicos que intervienen en nuestra dimensión ética pueden de hecho tener implicaciones y facilitar la constitución de una teoría normativa que daría la pauta para nuestra conducta; esto último reniega de la tendencia predominante que se ha enunciado al comienzo. El énfasis en los detalles y características de nuestra psicología y de nuestra biología puede de hecho evitar la renuncia a un punto de vista normativo. La conclusión de este último apartado es que la ciencia y la ética deberían unir esfuerzos investigativos, lo cual se haría con el fin de garantizar una concepción

moral que no olvide que toda pauta de comportamiento depende en alguna medida de los mecanismos biológicos concretos que nos permiten construir nuestro carácter ético en el mundo.

### **El sentimentalismo de Prinz**

Como ya se ha esbozado, Jesse Prinz es enfático en afirmar que su teoría sobre los juicios y las valoraciones morales es fundamental y esencialmente sentimentalista. Para que haya un juicio moral el sujeto que lo emite debe encontrarse o ser susceptible de estar en una disposición emocional que sea la representación de lo que este individuo asume como malo o bueno con respecto a un asunto de relevancia moral (Prinz, 2014). Su argumentación parte de forma explícita de las ideas expuestas por el filósofo escocés David Hume. La doctrina moral defendida por Hume se funda en el presupuesto, difícilmente refutable, de que si algo ha de estimarse como un verdadero principio o pauta moral para el ser humano, este debe tener la capacidad de ejercer un influjo que nos disponga a actuar en conformidad con el contenido que tal principio expresa. Esta clase de injerencia en la conducta no es algo que pueda ser llevado a cabo, desde Prinz y desde Hume, por medio de la razón como facultad esencialmente asociada a las distinciones conceptuales. La motivación tiene un carácter fundamentalmente emocional; solo nuestras pasiones pueden movilizar la agencia moral.

Ahora bien, todo esto tiene a su base una concepción de la capacidad racional muy concreta. Hume (1992) expone esta capacidad como aquella que se encarga de establecer relaciones entre ideas, relaciones causales en el plano de las relaciones de ideas y en el de la experiencia, y, de otra parte, posibilita una suerte de correspondencia entre nuestras representaciones mentales y lo que se encuentra en la realidad externa. En virtud de esta descripción funcional de nuestra razón, Hume descubre y argumenta que esta facultad no está dotada de lo necesario para impulsarnos a la acción moral, motivo por el cual, lo que ella nos muestra acerca del mundo tiene exclusivamente un valor instrumental para llevar a cabo los fines que nuestras pasiones han definido previamente. Esta posición se expresa en las siguientes citas:

El curso de la argumentación nos lleva de este modo a concluir que, dado que el vicio y la virtud no pueden ser descubiertos simplemente por la razón o comparación de ideas, sólo mediante alguna impresión o sentimiento que produzcan en nosotros podremos señalar la

diferencia entre ambos... La moralidad es, pues, más propiamente sentida que juzgada (*Tratado*, 3.1.02.01).

En suma, es imposible que la distinción entre el bien y el mal morales pueda ser efectuada por la razón, dado que dicha distinción tiene una influencia sobre nuestras acciones, y la sola razón es incapaz de ello. La razón y el juicio pueden ser de hecho causas mediatas de una acción, sugiriendo o dirigiendo una pasión, pero no cabe pretender que un juicio de esta clase esté acompañado en su verdad o falsedad por la verdad o el vicio. Y por lo que respecta a los juicios causados por nuestros juicios, menos aún pueden conferir esas cualidades morales a las acciones, que son sus causas (*Tratado*, 3.1.01.16).

En conclusión, como dice la famosa expresión humeana: “La razón es, y sólo debe ser, esclava de las pasiones, y no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas” (*Tratado*, 2.3.03.04).

Prinz suscribe plenamente a esta interpretación, pues de hecho afirma que la razón solo puede llevarnos a discernir hechos del mundo respecto a los cuales tenemos una vinculación emocional previa (Prinz, 2016). Precizando esta función general, la razón solo cumple un rol instrumental al servir para distinguir los rasgos involucrados en una cierta situación susceptible de evaluación moral que nos permiten tomar una u otra posición en términos emocionales (Prinz, 2016). Esta delimitación del rol de la razón se identifica con la respuesta de Prinz ante modelos de análisis del juicio y la valoración moral que abogan por que la función central bajo ciertos escenarios sea asumida por nuestra facultad racional. La primera posición que podríamos mencionar al respecto es defendida por autores como Joshua Greene (2001). Lo que estas teorías implican es que el juicio y la disposición moral pueden ser el resultado de un proceso racional (consciente o incluso inconsciente) que determina nuestra aprobación o desaprobación de aquellas características o conductas humanas que atraen nuestro interés ético. Las pasiones solo serían el producto que surge de este ejercicio racional. Prinz se opone a tales acercamientos, dado que considera que incluso en aquellos casos en los que parece verse implicado un mero cálculo racional que genera una toma de posición, dicho ejercicio racional solo puede tener valor moral y verse ejecutado en esta vía en tanto haya emociones previas que adhieran a lo que la racionalidad nos muestra respecto al mundo. Si en un contexto de tipo utilitario consideramos que es pertinente sacrificar a un individuo para

salvar a un gran número de personas, esta determinación no está garantizada por un proceso de mero cómputo racional; nuestra motivación hacia dicha decisión está fundamental e inicialmente sostenida en un sentimiento que concuerda y se inclina hacia dicha perspectiva utilitaria (Prinz, 2016).

Desde un punto de vista empírico, el sentimentalismo de Prinz muestra cómo en diversos escenarios donde se mide la respuesta moral de los sujetos ante dilemas y situaciones moralmente cargadas hay una clara activación de zonas cerebrales cuya función se define en términos cualitativamente emocionales. De este modo, es posible encontrar estudios de neuroimagen que indican que los centros emocionales del cerebro están activos cuando las personas se enfrentan a dilemas morales (Greene et al. 2001), cuando leen oraciones que describen violaciones morales (Moll et al. 2003), o cuando observan imágenes moralmente significativas (Moll et al. 2003). Además, en estudios realizados por Prinz y colaboradores (2013), parece comprobarse que ante la incitación de nuestras emociones por medio de estímulos negativos (como música desagradable), nuestra respuesta ética se ve modificada al pasar del polo de la aprobación al polo de la desaprobación.

A pesar de este desarrollo argumentativo y de las evidencias empíricas mencionadas, es curioso descubrir que Prinz se opone a planteamientos teóricos que de algún modo resaltan el papel decisivo de las emociones. Autores como Jonathan Haidt (2001) defienden un modelo según el cual las evaluaciones morales se generan de un modo automático, teniendo como base una respuesta afectiva no mediada por la racionalidad. Esta aproximación se conoce como intuicionista; el ejercicio racional surge, desde esta concepción, como un proceso de justificación *post hoc* de nuestras respuestas afectivas iniciales. En medio de la crítica que Prinz realiza a estos planteamientos, sorprende encontrarse con que su rechazo radique en que estos dejan de lado la función que la razón puede desempeñar para la toma de posición moral afectiva. En conformidad con esto, Prinz presenta situaciones experimentales donde los individuos sometidos a evaluación, a pesar de tener una respuesta emocional previa frente a actos considerados tabú en su contexto cultural y social, logran cambiar dicha disposición afectiva a partir de una serie de argumentos introducidos por quienes ejecutan el experimento. Así, incluso si conductas humanas como el canibalismo generaban de forma automática un rechazo emocional, ante razones como que aquel

cuerpo humano que se consume ha sido deliberadamente dispuesto para tales fines antes de su muerte, algunos individuos (en promedio el 20%) logran transformar su estado afectivo previo.

Esto último parece contradictorio con la idea según la cual la evaluación y el juicio moral están suficiente y necesariamente constituidos por una respuesta de corte emocional. Si las pasiones son aquello que limita de un modo exclusivo nuestra posición moral, ¿cómo es posible que una serie de argumentos no solo influyan para mostrarnos rasgos del mundo con los que tenemos una vinculación afectiva inicial, sino que también logren intervenir de modo tal que nuestra respuesta moral afectiva cambie radicalmente de un polo a otro? Estas ideas de Prinz nos abren la puerta a considerar que la facultad racional ocupa un lugar más que secundario e instrumental en la moralidad humana; la racionalidad podría de hecho conducirnos a una determinación moral específica.

El problema con lo expuesto por nuestro autor parece radicar en que el énfasis de su análisis se reduce a medir la respuesta cerebral de los sujetos que emiten una evaluación moral en un momento preciso. Al medir estos patrones de respuesta de esta forma, es bastante difícil encontrar situaciones de valoración ética que no activen centros del cerebro asociados al procesamiento emocional. Con todo, si ampliamos la consideración del juicio moral hacia una comprensión que vaya más allá de las mediciones de aquello que se activa en momentos de evaluación concretos, podremos ver que la racionalidad posee una función central. A pesar de que quizá los mecanismos cognitivos no se encuentren activos al momento de emitir ciertos juicios, estos no dejan de ser relevantes por cuanto cumplen la finalidad de forjar y moldear a lo largo del tiempo nuestros rasgos emotivos de respuesta ética. La concepción del juicio moral debe entonces ampliarse para incluir todos los factores que ayudan a dar lugar a su valencia específica (aprobación o desaprobación) a lo largo del tiempo.

Además, podemos considerar igualmente problemático el hecho de que el sentimentalismo reduzca la función de la racionalidad a un rastreo de nuestros apegos afectivos. Si es que ante cualquier situación que nos incita a asumir una postura ética lo único que la razón hace es buscar la respuesta en nuestro repertorio de sentimientos y sus vinculaciones particulares, habría que preguntarse entonces, cómo se generan en un principio dichos sentimientos morales. A raíz de la pregunta por el origen de estos, podríamos acabar descubriendo que la racionalidad juega un rol más que

esencial, si es vista como una capacidad básica en nuestros procesos educativos de formación ética. La racionalidad podría ser concebida como el origen de tales sentimientos.

### **La visión integrativa de Joshua May**

Siguiendo el paisaje teórico que se ha abierto, es adecuado introducir la posición de Joshua May, quien, no obstante su marcada tendencia racionalista, no descarta y de hecho integra en la evaluación moral nuestras pasiones humanas, dando pie al modelo integrativo que constituye el eje central de este trabajo. Para May es posible afirmar que hay una especie de interacción ineludible entre razón y emoción en medio de nuestras consideraciones morales; esto se puede sostener con base en la evidencia empírica disponible.

La razón puede implicar procesos inconscientes (como cuando automáticamente discernimos si una acción fue intencional o no) que nos lleven a tomar partido por una evaluación concreta, o puede también verse inmersa en deliberaciones de carácter consciente, las cuales nos permiten sopesar y analizar razones de un modo detenido e intencional (May, 2019). Este último aspecto ha sido comprobado en dilemas de orden sacrificial, donde, según un punto de vista utilitario, optamos por sacrificar a un individuo para salvar a varios, sirviéndonos de un mecanismo indirecto. Aquí se activan zonas del cerebro propias de un cálculo y una evaluación de naturaleza racional, tales como la corteza prefrontal dorsolateral y el lóbulo parietal inferior (Greene, 2008).

Asimismo, según May, la emotividad puede verse implicada en casos donde respondemos negativamente ante situaciones que incitan nuestro sentido ético, tal como se ha expuesto previamente (Greene et al. 2001 y Moll et al. 2003). May da cuenta del caso paradigmático en el que nuestra respuesta emotiva se activa al enfrentarnos a dilemas de sacrificio, en los cuales hay que sacrificar de forma personal e intencional a un sujeto con miras a preservar la vida de muchos. En este tipo de casos se activan zonas del cerebro como la corteza cingulada posterior, el córtex prefrontal medial y la amígdala; todas estas son áreas neurológicas ligadas a las emociones. A su vez, el caso de los psicópatas parece demostrar que ante la afectación de mecanismos neuronales de naturaleza emocional (como la amígdala), los individuos se ven incapacitados para ejecutar evaluaciones éticas y para actuar en consecuencia; los principios que rigen socialmente en este ámbito son para ellos, en apariencia, meras convenciones. En consonancia con esta evidencia, May (2018) cita a Damasio (1994), quien presenta la situación de un conjunto de sujetos que no tienen



los marcadores somáticos adecuados para tomar decisiones; este impedimento en su patrón de respuesta corporal y emotiva los lleva asumir determinaciones inmorales e irracionales.

Así pues, para May hay una importancia innegable de ambas dimensiones humanas. Por este motivo, es atractivo considerar la tesis según la cual estos mecanismos más que actuar de un modo independiente pueden entrelazarse e influirse mutuamente en el desarrollo de nuestra vida ética. May (2019) cita ejemplos en los cuales se comprueba que la repulsión que los vegetarianos sienten hacia el consumo de carne no es algo que esté previamente determinado por una emoción negativa ante las cualidades de dicho objeto; esto representa, en cambio, una respuesta afectiva de rechazo que se produce gracias a un ejercicio racional consciente que lleva a los individuos a descubrir la crueldad propia de la industria animal (Fessler et al. 2003). Además, la valoración cognitiva permite superar sesgos de corte racial que se producen de un modo emotivo y automático (Kennett y Fine, 2009). Por su parte, nuestras inclinaciones emocionales pueden determinar la implementación y puesta en marcha de una serie de razones persuasivas para atraer a nuestros oyentes; aquí la estrategia racional es garantizada y excitada a causa del sentimiento que nos impele (May 2019). Jonathan Haidt (2001) muestra cómo muchas de nuestras justificaciones racionales son producto de motivaciones sentimentales. Un caso central de este tipo para Haidt (2001) es cuando buscamos defender a través de razones y argumentos distintas creencias y actitudes emotivas que definen de modo central nuestra visión de mundo. Si el núcleo de nuestras visiones de mundo se ve afectado, nos vemos movidos a elaborar argumentos racionales.

De acuerdo con todos estos ejemplos, se hace evidente que sería apresurado y reduccionista apostarle a una consideración moral que opte por dotar a las pasiones del rol protagónico y constitutivo, dejando de lado la racionalidad. Sumado a esto, la emotividad y su fuerza motivacional parece no poder descartarse plenamente. Todo parece apuntar a que es necesario dirigir nuestros esfuerzos hacia la constitución de un modelo integrativo y dinámico que logre dar cuenta de la influencia recíproca de estas dos facultades. Solo a través de tal aproximación lograríamos construir un modelo del juicio que tenga en cuenta los diversos factores que interactúan a través del tiempo para formar nuestras actitudes éticas. Además, podríamos rastrear con mayor facilidad el origen de varias de nuestras respuestas afectivas, cuando este se halle vinculado a argumentos de orden racional. Lo anterior, daría pie a que tomemos en cuenta,

igualmente, cómo nuestra estructura sentimental puede modificarse por medio de un ejercicio racional deliberado.

Para sintetizar las consecuencias derivadas de estos planteamientos, podemos mencionar una serie de interrogantes vinculadas a este conflicto entre razón y emoción: ¿cómo sería posible que lográsemos transformar nuestra respuesta moral afectiva si aquello que condiciona de forma determinante nuestras posiciones éticas es la emotividad misma? ¿Cómo lograríamos trastocar de modo profundo nuestras conductas y nuestras actitudes si los argumentos racionales solo nos revelan hechos del mundo con los que tenemos una vinculación sentimental previa? Asimismo, ¿cómo sería posible motivarnos hacia la acción, lo cual constituye un factor clave para una postura moral auténtica, si no tomamos en cuenta el influjo que nuestros sentimientos ejercen sobre nuestras consideraciones racionales? Todas estas preguntas solo parecen poder ser resueltas con ayuda de tal perspectiva integrativa.

### **Algunas consideraciones en torno a la relevancia de los estudios empíricos para la fundamentación de una ética normativa**

Es válido preguntarnos por qué la ciencia y la filosofía han asumido caminos excluyentes en lo que concierne al estudio moral. La respuesta más obvia se halla en la clásica idea que nos indica que aquello que es en el plano descriptivo no puede pasar de ningún modo a asumirse como el deber ser ético de la sociedad humana. Esto es bastante claro y difícil de negar; la ética y su conjunto de principios representa una perspectiva que pretende desafiar y transformar lo que incorporamos de modo inmediato en nuestra experiencia, con el objeto de darnos motivos y razones válidas para defender y asumir una determinada posición moral. Un ejemplo claro de esto puede ser el siguiente: el hecho de que nuestras emociones biológicamente condicionadas nos impulsen a expresar una marcada tendencia egoísta en nuestras conductas no quiere decir que este sea el deber ser ético que ha de perseguirse. Si bien esta línea de pensamiento es válida y justificable, tal vez sea posible pensar que el estudio empírico de nuestras facultades humanas daría lugar a que se revelen rasgos psicológicos y neurológicos fundamentales para entender cómo desarrollar una serie de competencias éticas.

En primer lugar, el hecho de abogar por la hipótesis, según la cual, los mecanismos que nos permiten dar una respuesta moral son de orden racional y afectivo, nos brinda mayor claridad con

respecto a las estrategias formativas que reforzarían la comprensión y la integración de pautas morales. Al considerar que ambas facultades entran en juego e interactúan en distintos niveles a lo largo de nuestra vida y de nuestra maduración, habría que configurar una teoría y una propuesta formativa que tome en cuenta cómo se puede forjar la emotividad, y cómo se puede potenciar el crecimiento de nuestras habilidades críticas y cognitivas. En tanto ya se ha demostrado que ambas dimensiones se influyen mutuamente de forma constante, el objetivo sería dar cabida a estrategias que permitan dicha interacción de acuerdo con un esquema normativo que no olvide estas determinaciones. La formación moral es un aspecto indiscutiblemente vinculado con la sistematización de un cuerpo ético normativo; solo en tanto se entiende cómo de hecho podemos educarnos y actuar moralmente los principios prescriptivos a los que se apele tendrán algún sentido.

Con el fin de aportar algunas luces para la constitución de esta propuesta formativa, es preciso señalar que en este trabajo asumimos la postura según la cual las emociones son necesarias para movernos a la acción moral, y, por tanto, para que un juicio sea auténticamente ético debe verse influido por la injerencia de nuestra faceta sentimental. En virtud de esto, las emociones deben ser cultivadas en un esquema formativo que busque que de hecho existan sujetos con conductas éticas apropiadas. Por otra parte, como ya se ha demostrado, la racionalidad puede conllevar el surgimiento de nuevas respuestas afectivas, constituyendo así una vía de transformación ética. Esto implica que el ámbito prescriptivo no puede desligarse de una apuesta formativa que tenga siempre presente cómo el ejercicio racional y nuestras disposiciones sentimentales forjan nuestras visiones y nuestros comportamientos morales.

Otra alternativa interpretativa para resaltar la relevancia de los estudios empíricos con vistas a una fundamentación normativa es aportada por Joshua Greene. Greene (2008) se propone mostrar cómo enfoques prescriptivos como las éticas deontológicas en realidad podrían ser vistos como meros ejercicios de racionalización *post hoc* ejecutados para justificar patrones de respuesta emocionales biológica y culturalmente determinados. Varias de las justificaciones racionales que damos para emitir un rechazo frente a situaciones como el incesto, el hecho de sacrificar a un individuo de manera personal e intencional para salvar a varios, o para desaprobado conductas morales solidarias frente a individuos que no conocemos, son solo argumentos que tratan de dar apoyo a nuestra estructura emocional moldeada a través de la historia evolutiva. Greene (2008)

cita experimentos que parecen sugerir que aquello que nos motiva a ayudar, por ejemplo, a un niño a punto de ahogarse en un pozo no muy profundo, son patrones de respuesta ligados a nuestra respuesta afectiva automática, la cual surge en nuestra historia filogenética mucho antes que la capacidad de abstracción y cálculo racional, a causa de los pocos recursos cerebrales que consume y por su alta eficiencia ante escenarios que requieren acciones inmediatas (Haidt, 2001). Ante la pregunta por aquello que diferencia la ayuda que podemos brindar en este caso personal de un caso en el que podríamos invertir económicamente para calmar el hambre de varios niños en el mundo, muchos sujetos se limitan a un ejercicio de racionalización de la emoción que el niño vinculado con la cercanía personal les genera, y, por otra parte, dan razones para negar que tengan algún deber ético frente a otros sujetos desconocidos que padecen y mueren a causa de su situación de desventaja. Bien analizado, tal como lo ha hecho el filósofo Peter Singer (1972), no hay una diferencia destacable en ambos casos; si asumimos que somos los únicos capaces de rescatar al niño que se ahoga, mientras hay muchas personas que podrían dar a alivio a los niños con hambre, podemos imaginar unas circunstancias en las que haya muchas personas a nuestro alrededor viendo al niño ahogándose y ninguna decida intervenir. Esta vía de la justificación no parece pues eximirnos de la responsabilidad ni en un caso, ni en el otro. Lo que parece determinante aquí es que nuestros mecanismos de respuesta altruista y solidaria se desarrollaron en nuestra especie en medio de situaciones personales y de cercanía, lo cual hizo que nuestra respuesta emotiva apareciese primero y se vinculase a tales comportamientos, a causa de su eficacia y de la garantía que proporcionaban para establecer lazos de cooperación mutua totalmente provechosos. Estos mecanismos emotivos se activan ante el caso personal y cercano del niño ahogándose, pero no ejercen su influencia al considerar si tenemos un deber ético hacia el hecho de ayudar a varios niños lejanos y desconocidos para nosotros. Según Greene, hay diversos planteamientos normativos que pretenden justificar por qué en este dilema moral una situación difiere de la otra con base en argumentos de orden racional, los cuales, en último término, no tienen validez por sí mismos pues solo se ven impulsados por estos rasgos biológicos de respuesta emotiva automática. Teniendo como base esta evidencia y estas hipótesis, Greene (2014) nos propone examinar las distintas reacciones y mecanismos intuitivos que intervienen en la configuración de nuestra moralidad, para comprenderlos mejor y lograr vislumbrar que muchas veces, aquello que nos mueve desde un enfoque normativo no es más que características biológicas que carecen de una

carga auténticamente moral, pues surgieron en contextos evolutivos a causa de nuestras necesidades de reproducción y supervivencia.

La posición que parece que debemos tomar ante el caso presentado por Singer consiste en transformar nuestra evaluación inmediata, gracias a que hemos comprendido que aquello que nos motiva carece de justificación moral. Nuestras actitudes no pueden fundamentarse en criterios como la cercanía personal, pues estos carecen de significado ético; nuestras capacidades de pensamiento abstracto nos permiten rebasar tales limitaciones para extender nuestro círculo moral hacia sujetos con quienes no hemos interactuado. Greene expone otros casos similares a este. El punto central aquí es mostrar cómo una mejor comprensión de los mecanismos que dan lugar a nuestras posturas morales ordinarias puede ayudarnos a descartar sistemas prescriptivos que no tienen validez debido a que están sustentados en consideraciones sin valor ético. El estudio empírico nos permite, nuevamente, elaborar de un mejor modo el conjunto de nuestros principios éticos.

Podemos concluir que el estudio empírico no puede ser descartado por quienes se esfuerzan por dar forma a un conjunto de pautas morales con una amplia validez. Nuestros rasgos biológicos y psicológicos no tienen, como se ha dicho, un valor moral por sí mismos; sin embargo, a través de una serie de argumentos y justificaciones racionales, dichas características pueden adquirir un significado especial para la configuración de nuestros sistemas morales. La significación moral de rasgos como nuestros patrones afectivos depende de cómo estos pueden generarse gracias a nuestros esfuerzos de comprensión y transformación cognitiva, por sí mismos no son más que mecanismos biológicos afines a los objetivos evolutivos de nuestra especie o mecanismos forjados en el desarrollo de nuestra formación que no poseen motivos de orden racional que ejerzan un peso sobre nosotros. Tal como dice Kohlberg (1971):

Estamos asumiendo que la fuerza moral en la personalidad es cognitiva. Las fuerzas afectivas están implicadas en las decisiones morales, pero el afecto no es moral o inmoral. Cuando la excitación afectiva es canalizada hacia direcciones morales, es moral; cuando

no es canalizada de este modo, no lo es. Los mecanismos de canalización moral son en sí mismos cognitivos (pp. 230-231).<sup>1</sup>

Nuevamente vemos la interacción de ambas facultades. Solo una emotividad que nos disponga a la acción y una racionalidad que transforme nuestras actitudes y que dote de sentido a aquello que sentimos pueden constituir nuestro ser ético en el mundo.

---

<sup>1</sup> La traducción de este pasaje es mía.

## Referencias

- Damasio, A. R. (1994). *Descartes' Error: Emotion, Reason, and the Human Brain*. New York: Avon Books.
- Fessler, D. M. T., Arguello, A. P., Mekdara, J. M. y Macias, R. (2003). Disgust Sensitivity and Meat Consumption: A Test of an Emotivist Account of Moral Vegetarianism. *Appetite*, 41 (1), 31–41.
- Greene, J. D., Sommerville, R. B., Nystrom, L. E., Darley, J. M., y Cohen, J. D. (2001). An fMRI Investigation of Emotional Engagement in Moral Judgment. *Science* 293, 2105– 2108.
- Greene, J. D. (2008) The secret Joke of Kant's Soul. En W. Sinnott – Armstrong (ed.), *Moral psychology, Vol. 3. The neuroscience of morality: Emotion, brain disorders, and development* (p. 35–80). Cambridge: MIT Press.
- Greene (2014). Beyond Point-and-Shoot Morality. *Ethics*, 124 (4), 695–726.
- Haidt, J. (2001) The Emotional Dog and Its Rational Tail: A Social Intuitionist Approach to Moral Judgment. *Psychological Review*, 108 (4), 814-834.
- Hume, D. (1992). *Tratado de la Naturaleza Humana*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Kennett, J. y Fine, C. (2009). Will the Real Moral Judgment Please Stand Up? *Ethical Theory and Moral Practice*, 12 (1), 77–96.
- Kohlberg, L. (1971). From is to ought: How to commit the naturalistic fallacy and get away with it in the study of moral development. En T. Mischel (Ed.), *Cognitive development and epistemology* (pp. 151-235). New York: Academic Press.
- May, J. (2018). The limits of emotion in moral judgement. En K. Jones y F. Schroeter (Ed.), *The Many Moral Rationalisms* (pp. 286 – 306). Oxford: Oxford University Press.
- May, J. y Kumar, V. (2019). Moral reasoning and emotion. En A. Zimmerman, K. Jones, y M. Timmons (Ed.), *The Routledge Handbook of Moral Epistemology* (pp. 139 – 156). New York: Taylor and Francis Group.

- Moll, J., de Oliveira - Souza, R., y Eslinger, P. J. (2003). Morals and the human brain: A working model. *Neuroreport* 14 (3), 299–305.
- Prinz (2014). Where Do Morals Come From? – A Plea for a Cultural Approach. En M. Christen, C. van Schaik, J. Fischer, M. Huppenbauer y C. Tanner (Ed.), *Empirically Informed Ethics* (pp. 99 – 116). New York: Springer Publishing.
- Prinz (2014). The emotional basis of moral judgments. *Philosophical Explorations: An International Journal for the Philosophy of Mind and Action*, 9 (1), 29-43.
- Prinz (2016). Sentimentalism and the Moral Brain. En S. Matthew Liao (Ed.), *Moral Brains The Neuroscience of Morality* (pp. 45 – 73). Oxford: Oxford University Press.
- Seidel, A. y Prinz, J. J. (2013a). Mad and Glad: Musically Induced Emotions Have Divergent Impact on Morals. *Motivation and Emotion*, 37 (3), 629–637.